

# Dos poemas

Francisco Trejo

## Acta de nacimiento

Nací un siete de junio  
que le ardió en los muslos a mi madre.  
Ella me dio a luz  
siendo tan oscuro.  
Si existió un momento de mi vida  
en el que fui luminoso,  
fue ese,  
cuando resbalé por sus aguas  
como azogue entre la sangre.

El llanto es la queja de estar vivo,  
por eso nací  
llorando todo lo que ya me precedía:  
mar de carne  
roto en un acantilado.

\*

Hay algo de mar en la poesía, su vaivén de azulina serpiente me arrastra a su interior.  
Siento en sus aguas la profunda humanidad  
(salmuera de dolor y cardúmenes de sangre).  
Otra vez el agua me cubre los belfos  
y me obliga a resollar.

\*

Nadie habló de mi llanto,  
nadie de la efigie de sal esculpida por mis ojos.  
A veces río, es cierto,  
pero adentro soy Edith de Lot a distancia de Gomorra,  
por eso ruego a los ángeles  
la pronta erosión de mi figura.

## Tauromaquia de la infancia

En movimiento, como una oscilación colérica del mar  
o una bestia, a trote, abierta en sus costados,  
miré a mi padre a siete metros de distancia.

Fui, en ese momento de sus ojos,  
un pueblo huyendo de su arbórea cornamenta  
—la Pamplona que jamás abandonó mi madre—.

Miré al hombre venir hacia mí, vuelto el toro de su ira.  
Preví su golpe en mi frente  
y una luz en la mirada me apagó por completo.

Quedé solo, hasta la orilla que soy en el mutismo.

No sentí el golpe de su puño:  
fue su dolor  
    lo que vino a romperme la cabeza.

\*

¿Escuchas, Minotauro, cómo suena el mar cuando se rompe en las piedras?

Es tu padre, en su sed,  
    ahogándose a sí mismo.

\*

Veo a mi padre sujetar con fervor su botella.

Y la gravedad me intriga cuando pienso en los fragmentos  
de ambos cuerpos que son uno:  
carne y vidrio  
    en su rápido desplome.

\*

Mi padre sembró un rosal en la casa.

Y creció el rosal con el tiempo  
como un laberinto de tumores en la espalda de mi madre.

Ella, la mortal ya muerta de inconsciencia,  
nombró las rosas con mi nombre.

Al volver mi padre, fauces oscuras, dientes sucios,  
cortó lo que nunca vio crecer en los surcos de sus llagas. 